

IGNORAR AQUELLO QUE NO VEMOS

El sol comenzaba a despuntar cuando el viejo autobús se detuvo en la plaza del pueblo. Al bajar, me envolvió la brisa cálida y polvorienta del amanecer marroquí como un abrazo de bienvenida. ¡Qué lugar de contrastes!: los colores vivos de las telas en el mercado se mezclaban con la monotonía de las casas de adobe desgastadas por el tiempo.

En la misma plazoleta esperaba un vehículo todo terreno destartado. El conductor era un hombre parco en palabras, delgado, de ojos sibilinos y rostro curtido por el sol. Me acomodé en los asientos traseros con los demás sanitarios después de atar el equipaje en la baca del auto. Con gesto serio el chófer, tras observarnos detenidamente, encendió el motor que resonó bronco en el silencio de la mañana.

El itinerario se cumplía con puntualidad a pesar de la desconfianza del grupo. Salimos del pueblo rodeando el zoco del mercado, vacío de productos y compradores a esas horas tan tempranas. El trayecto se inició con traqueteos constantes y el vehículo saltando y tambaleándose de forma exagerada. Nos mirábamos en silencio, resignados. A medida que avanzábamos, la polvareda formaba nubes espesas envolviéndonos en una neblina rojiza que se adhería a nuestra piel y a la ropa. La senda que divisábamos a través de las ventanillas era estrecha y serpenteante, bordeada por matorrales espinosos y árboles retorcidos como secretos.

En cada curva se revelaba un nuevo desafío: zanjas profundas que el conductor sorteaba con habilidad, pendientes empinadas que hacían rugir el motor o tramos de terreno rocoso con los que crujía la suspensión del vehículo.

Llegamos a una pequeña aldea donde se quedó uno de los sanitarios. Las casas de adobe se alineaban a lo largo de un camino polvoriento y un grupo de cinco niños corrían descalzos saludando con entusiasmo. Bajé del vehículo para ayudar a mi compañero a descargar el equipo médico que le correspondía, y sin apenas tiempo para desentumecer el cuerpo, volví a subir para continuar el viaje.

En el siguiente tramo del recorrido atravesamos un valle donde una extensión inusitada de campos verdes y cultivos alegró mis ojos. Allí dejamos a otro miembro del equipo en una clínica improvisada construida con materiales reciclados, lonas viejas y paneles de metal oxidado, cuyas paredes estaban adornadas con dibujos infantiles. Una fila de pacientes esperaba. Al apearnos del coche, iniciaron un cuchicheo en voz baja. Dos mujeres vestidas con caftanes de colores vibrantes sostenían en brazos a sus bebés. El resto eran ancianos apoyados en bastones. El aire olía de una manera extraña, como a hierbas secas.

La siguiente parada fue en una colina desde donde se podía ver el horizonte teñido de color naranja. El último sanitario y su ayudante descendieron listos para atender a otra comunidad aislada. Sólo quedaba yo. Me sentí orgullosa de todos por llevar ayuda y consuelo a los que más lo necesitan. El vehículo, aunque destartado, había cumplido su misión. Nos había trasladado por un laberinto de pistas y caminos repletos de baches hasta nuestros destinos.

Yo había escogido la región de Sus-Masa, una franja costera al sur de Agadir, uno de los lugares más deprimidos del país, cuando este verano decidí viajar a Marruecos junto a un grupo de compañeros de trabajo. Mi nombre es Isabel y soy enfermera. La iniciativa era una ventana a un mundo lleno de exigencias y aprendizajes. Deseaba compartir mis conocimientos, mejorar mi francés y ayudar en lo posible. Las gestiones de organización habían sido largas y difíciles, pero las necesidades de esas aldeas significaban mucho más que mis incomodidades.

Tras el largo y extenuante viaje, finalmente avisté la aldea escondida entre dos colinas, una tierra árida, salpicada de pequeños árboles de argán. El dichoso polvo del camino se adhería a mi piel y la fatiga pesaba en mis hombros, pero la ilusión me impulsaba hacia adelante.

A la entrada del pueblo había un edificio largo, con paredes de barro prensado, sin pintar, raído por el tiempo y la falta de cuidados. Contaba con tres pequeñas naves adosadas al aula principal, precisamente la más antigua y de construcción más humilde. El conjunto, de una sencillez extrema, parecía acogedor. La nave principal funcionaba como escuela y las edificaciones anexas se destinaban a la comida y el descanso. El patio, aún en construcción, era un lugar vibrante de vida. Los niños, con su energía inagotable, jugaban y corrían ajenos a las dificultades que los rodeaban.

A medida que me acerqué, los rostros de los niños se iluminaron. Con una sonrisa les devolví el saludo, sintiendo cómo el cansancio se desvanecía momentáneamente. La comunidad me esperaba. En ese instante, el ruido del motor del todoterreno se disipó y el latido de la vida en la aldea se convirtió en mi única compañía.

La mayoría de aquellos niños no podía asistir regularmente a la escuela porque la distancia desde sus aldeas era demasiado grande. Pero ese día era una jornada especial: "La doctora de España", como me habían apodado, estaba allí.

Una de las colaboradoras, Tsul, me saludó con una sonrisa tímida y me ayudó a instalarme. Poco después nos dirigimos al aula. Cuando entré, vi a los niños sentados observándome con ojos grandes y curiosos. Sus rostros reflejaban como una creencia vacua, como si esperaran que trajera conmigo un pequeño milagro. Una de las maestras, Fátima, me saludó apocada y vergonzosa y me indicó el lugar del aula donde

debía situarme. Allí, los rayos del sol se filtraban a través de la paja, iluminando las partículas de polvo en el aire que brillaban como un halo de magia que me llenó de optimismo y seguridad.

Mientras preparaba mis instrumentos, les expliqué la importancia de la higiene usando símiles fáciles. "Lavarse las manos es como sacudir el polvo de una alfombra", les decía. "Si no lo hacemos, las enfermedades pueden esconderse en cada rincón". Los niños me miraban atentos, repitiendo algunas de mis palabras a modo de juego, supongo que para demostrarme su interés.

Luego pasé a revisar la optometría y audición de cada uno. Fue una tarea ardua, pero cada sonrisa que recibía a cambio de mi atención hacía que valiera la pena. Uno de los niños, Mohamed, mostró una expresión de asombro inenarrable cuando anuncié su nombre y le puse las gafas que le habían enviado desde España. "¡Ya puedo jugar a fútbol en el equipo!", gritó varias veces con los brazos en alto, girando alrededor. Su emoción dio sentido a mi trabajo aquella tarde.

Al salir de la escuela me adentré por las calles del poblado. Las casas, humildes como chabolas y sin condiciones de habitabilidad, estaban construidas con todo tipo de materiales imaginables.

Una anciana, Zohra, me contó su vida mientras le tomaba la presión arterial. "Aquí el tiempo no pasa, solo se acumula", me dijo con la sabiduría de los años reflejada en sus ojos.

Al día siguiente, más tranquila y mientras caminaba hacia una aldea más alejada, me encontré con un grupo de mujeres que lavaban ropa en un arroyo. Me invitaron a unirme a ellas y mientras el agua fresca corría entre nuestras manos, compartieron conmigo historias sobre sus vidas, sus hijos y sus esperanzas para el futuro. Me impresionó esa actitud positiva y las sonrisas en sus rostros.

Una de ellas, Aicha, me contó cómo había perdido a su madre debido a una infección que podría haber sido tratada con facilidad en un hospital moderno. "Aquí la salud es un lujo que no podemos permitirnos", dijo mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Su relato me golpeó profundamente y me recordó por qué estaba allí.

Esa misma tarde conocí a Hassan, un anciano que vivía solo en la letal penumbra de una choza ínfima. Su vida era un reflejo de la historia del lugar: pocos tiempos buenos y muchos malos que habían dejado su huella en cada pliegue de su rostro. Me habló de su juventud, de cómo el pueblo había sido próspero un día y cómo poco a poco las cosas habían cambiado. "Pero seguimos adelante", dijo Hassan con una sonrisa suave.

"Nos aferramos a la esperanza porque eso nos mantiene vivos". Sus palabras resonaron en mi mente mientras le enseñaba ejercicios para mejorar su movilidad.

El trabajo era interminable y a menudo sentía que mis esfuerzos eran solo una gota de agua en el océano. Pero cada pequeño avance, cada sonrisa y cada mirada de gratitud me recordaban que, aunque fuera poco, estaba marcando una diferencia, el inicio de un camino. Algo así como cuando una planta fecunda y brota y crece lentamente en este suelo árido. Son símbolos de resistencia y esperanza.

Cada mañana, al amanecer, me levantaba con el canto del muecín y me preparaba para una nueva jornada de trabajo. Al caer la noche escribía mis impresiones como una forma de aliviar la carga anímica que estas visitas me dejaban. A pesar de la dureza de la vida en estas aldeas, había calidez en las personas que me rodeaban.

Cierta tarde, mientras el sol se ocultaba tras las montañas y el cielo se volvía de un intenso color rojizo y cálido, Fátima, la maestra, me llevó a un lugar especial: una explanada en la cima de una colina desde donde se podía ver todo el valle. El paisaje, tan desolador y bello al mismo tiempo, simulaba un lienzo de tonos ocre y verdes que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. "Este es nuestro hogar", dijo Fátima con una mezcla de orgullo y melancolía. "Es un lugar difícil, pero es nuestro y lo amamos". Sentí una conexión profunda con ella. Sus palabras tocaron mi corazón. Había venido a Marruecos con la intención de ayudar y me había encontrado con una comunidad que me enseñaba lecciones muy valiosas.

Otro día, durante una de mis visitas a una aldea remota, conocí a una muchacha llamada Leila. Tenía apenas quince años, pero sus ojos reflejaban una madurez y una tristeza que eran difíciles de ignorar. Leila tenía problemas de audición. Cuando le coloqué un par de audífonos básicos, reaccionó con una alegría indescriptible. "Los murmullos han desaparecido. ¡Oigo tu voz clara, te oigo, te oigo!", me gritó con una sonrisa amplia que iluminó su rostro, al tiempo que se abalanzó sobre mí, abrazándome con fuerza. "Gracias, gracias, gracias", repetía sollozando.

Esa tarde Leila y yo pasamos horas hablando. Me contó cosas de su familia, de sus sueños de convertirse en maestra y construir una escuela en su aldea. Sus palabras, sus gestos, su inmensa dicha me conmovieron y prometí ayudarla en todo lo que pudiera para hacerlos realidad. Más tarde me invadió una dolorosa sensación de que quizá no cumpliría mi promesa y pensé en su indefensión, en nuestra indiferencia, en nuestra sordera.

Al día siguiente, mientras preparaba una visita a otra pequeña población aún más lejana, situada al otro lado del desierto, los aldeanos me advirtieron con seriedad: "El desierto puede ser traicionero. Las tormentas de arena son impredecibles y los caminos

engañosos". Pero mi determinación era más fuerte que cualquier advertencia. Así que con un guía local y un camello cargado con los suministros médicos, me embarqué en la travesía.

El sol del desierto era implacable y el calor abrasador. A medida que avanzábamos, el paisaje se volvía cada vez más inhóspito, con dunas interminables y un cielo azul sin una sola nube. Mi guía, un joven bereber llamado Youssef, conocía bien el terreno y mantenía un ritmo constante, siempre atento a cualquier incidencia.

De repente se levantó un fuerte viento y en cuestión de minutos una tormenta de arena se desató con furia. La visibilidad era casi nula. El rugido de la ventisca ahogaba cualquier intento de comunicación. Nos cubrimos el rostro con un trozo de tela y nos aferramos al camello tratando de no perdernos en el caos.

La tormenta duró horas y cuando finalmente amainó, nos encontramos desorientados y lejos de nuestra ruta original. El sol comenzaba a ponerse y la temperatura descendía rápidamente, pero Youssef, con su experiencia y calma, logró orientarse. "Debemos encontrar refugio antes de que caiga la noche", dijo señalando una formación rocosa a lo lejos.

Llegamos a una pequeña cueva, justo cuando la oscuridad se cernía sobre el desierto. Exhaustos, encendimos una pequeña fogata y compartimos un modesto almuerzo de dátiles y pan. Aunque cansada, no perdí el ánimo. Debía mantenerme fuerte. Durante una noche especialmente fría, nos vimos obligados a acampar sin la protección adecuada. La temperatura descendió y aunque nos acurrucamos cerca de la fogata, el frío penetrante nos hizo temblar. Hasta que nos alcanzó el sueño, Youssef me narró historias de su pueblo y su cultura. Era su forma de alentarme.

A la mañana siguiente reanudamos nuestro viaje. El desierto, aunque hermoso, seguía siendo implacable. Al momento nos encontramos con una serpiente que se deslizaba por nuestro camino. Youssef dijo que era venenosa y con movimientos rápidos y precisos logró ahuyentarla. El incidente nos recordó nuestra fragilidad en aquel medio.

Con el paso de los días y las semanas me fui integrando cada vez más entre aquellas gentes. Me recibían con amabilidad y siempre había una mano extendida para ayudarme con lo que necesitara. Las barreras culturales y lingüísticas que al principio parecían insuperables fueron desapareciendo poco a poco, reemplazadas por una conexión humana que trascendía las palabras.

Durante otra jornada, mientras visitaba una de las casas, conocí a Amal, una mujer joven con dos hijos pequeños. Amal sufría de una enfermedad crónica que le impedía trabajar en el campo y cuidar adecuadamente de su familia. Pasé horas con ella

enseñándole ejercicios simples para aliviar su dolor y proporcionándole algunos medicamentos que podían ayudarla. Mientras tanto, jugaba con sus hijos enseñándoles sobre la importancia de la higiene para la salud.

No olvidaré aquella mañana. La experiencia vivida en aquellas pocas, pero intensas horas, fue una prueba o un desafío que me llevó al límite profesional y personal. Todavía me estremece recordarlo. Mientras caminaba por la aldea bereber de Tizi hacia un pequeño dispensario improvisado, fui detenida por un grupo de niños que me llevaron de la mano hasta la casa de Titrit, una joven madre que estaba a punto de dar a luz. Con mi maletín de atención básica entré en la humilde vivienda. Desplugué sin pensarlo los instrumentos que tenía. Respiré hondo para calmarme. Recuerdo aún el fuerte aroma a tierra húmeda y a madera envejecida y el rumor de voces bajas y entrecortadas alrededor. No faltaron manos para colaborar. Con paciencia, mimo y todo el coraje que fui capaz de reunir, ayudé a traer al mundo a un bebé sano, mientras las mujeres de la familia observaban con admiración y alivio. Un bebé de piel tostada que repentinamente lo perturbó todo y llenó el aire con su llanto de tozudo carácter. Ese sonido vuelve con frecuencia a mi memoria como una música inolvidable que desata en mi corazón una catarata de emociones ante el bien absoluto de la vida.

El nacimiento fue celebrado con gran alegría. Los hombres de la aldea sacrificaron una cabra en honor al recién nacido, y las mujeres, con lo mejor de sus provisiones, prepararon un festín. Me invitaron a participar y una vez más, rodeada de la calidez y generosidad de aquella comunidad bereber, sentí que era parte de ella y ella sería para siempre parte de mí.

Durante la cena, Amina, la anciana sabia, se acercó a mí y me entregó un pequeño amuleto de plata, un símbolo de protección y gratitud. "Este amuleto ha estado en mi familia por generaciones", dijo Amina con voz temblorosa. "Quiero que lo tengas como agradecimiento por todo lo que has hecho por nosotros".

Conmovida hasta las lágrimas, acepté el amuleto y abracé a Amina. Este gesto significaba mucho más que palabras.

Al segundo día de mi estancia en Tizi, coincidí con una anciana sentada sobre una piedra a la sombra de un árbol, que respiraba en silencio el aire de la tarde. Su nombre era Khadija, y su rostro estaba marcado por los años y la dureza de sus experiencias. Me invitó con un gesto a sentarme a su lado y comenzamos a hablar en un francés rudimentario. Khadija me contó historias de su juventud, de cómo había conocido a su esposo y cómo habían trabajado juntos para criar a sus hijos en esas tierras. Sus palabras, llenas de nostalgia, traslucían un gran amor hacia su hogar y su familia. Al final de la conversación Khadija me miró a los ojos y me dijo: "Gracias por estar aquí. Tu

presencia nos da esperanza y nos recuerda que no estamos solos". Aquellas palabras me emocionaron y me hicieron sentir una gratitud inmensa por la oportunidad de estar allí ayudando y aprendiendo de estas personas increíbles.

Continué enseñando a los aldeanos, pero también recibí de ellos muchas enseñanzas. Aprendí a cocinar algunos de sus platos tradicionales, a tejer alfombras y a entender sus costumbres y creencias. Cada día era una lección de humanidad, y cada noche, al mirar las estrellas, me sentía agradecida.

Los días se convirtieron en semanas y las semanas en un mes. El trabajo continuaba y cada día era una nueva experiencia. Visité más aldeas, conocí a más personas, cada una con sus historias, sus anécdotas, sus testimonios. Todo quedó grabado en mi corazón. Cada jornada era un recordatorio de por qué había decidido dedicar mi vida a la enfermería.

Un atardecer, después de una larga jornada, me senté en la plaza del pueblo. El sol caminaba hacia el ocaso, bañando el espacio con una luz dorada. Observé a la gente pasar. Cada sonrisa, cada gesto de amabilidad, cada invitación a tomar una taza de té, cada historia compartida lo consideré una lección de subsistencia. Quizás todo ese amor que desprendían les servía para manifestar su verdadera naturaleza y aliviar el dolor por el incomprensible olvido al que estaban sometidos.

Mientras observaba el cielo teñirse de estrellas, pensé en el futuro. Sabía que mi tiempo en Marruecos llegaba a su fin, pero también sabía que no era un final, sino un principio. Las experiencias vividas aquí me acompañarían siempre. Me prometí regresar algún día para ver cómo estaban Leila, Hassan, Aicha, Amal, Amina, Khadija, Youseff y todos los que había conocido. Cerré los ojos para retener uno a uno todos sus rostros. Y con sus imágenes y esa promesa en el corazón, me sentí en paz.

Finalmente llegó el día en que tuve que despedirme. Los aldeanos y compañeros se reunieron para darme un emotivo adiós, ofreciéndome regalos sencillos -como Mohamed con sus gafitas torcidas, que me entregó una bolsita de tela con un puñado de tierra- y palabras de gratitud. "Nunca te olvidaremos", me dijeron. "Siempre serás bienvenida en nuestra aldea". Consiguieron que se me nublaran los ojos de lágrimas.

Había venido como enfermera, pero me marchaba como amiga, como parte de una comunidad que me había acogido con los brazos abiertos. Partí con el corazón lleno de recuerdos y experiencias que atesoraré para siempre. Una parte de mí misma se quedaba en esos poblados. Siempre llevaría conmigo el espíritu de los bereberes, su generosidad y su inquebrantable espíritu comunitario.

Miraba hacia atrás con una mezcla de tristeza y alegría, pero sobre todo sonreía feliz pensando en mi vuelta.